

THE HORUS HERESY™

WARMASTER

JOHN FRENCH



LA HEREJÍA DE HORUS

SEÑOR DE LA GUERRA

JOHN FRENCH

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

HORUS	Primarca de los Hijos de Horus y líder de la rebelión
ACOMPAÑANTE	

—*Señor de la Guerra.*
Las palabras quedaron suspendidas en el silencio tras abandonar los labios de Horus. Más allá de las altas ventanas de flexividrio la luz de las distantes estrellas danzaba en enfermizas conflagraciones de gas y polvo. Vestido con su servoarmadura y entronizado, el primarca de la XVI Legión fijaba sus mirada en la oscuridad como esperando oír una respuesta.

—El título pesa alrededor de mi cuello. Horus Lupercal, padre, hijo, amigo, enemigo… todo eso perdido bajo la carga de esas cuatro palabras.

Bajó la cabeza hacia los negros brazos de hierro de su trono, sus ojos se movieron sobre la maza de bronce del tamaño de un hombre mortal que descansaba sobre ellos. Su nombre era *Rompemundos*, y la había aceptado de manos de su padre junto con el título de Señor de la Guerra y el mando de la Gran Cruzada. Su mirada descansó sobre la cabeza del águila del pomo del mástil. El fantasma de una sonrisa rozó sus labios.
—Nuestro padre nunca nos habló sobre lo que significaba, sólo acerca de los límites de su autoridad. Son cuatro palabras demasiado peligrosas para dejarlas indefinidas. Quizá su intención era que yo descubriese su significado. Quizá no le importaba lo que significaban mientras huía de nosotros, sus hijos. Quizá no sabía lo que significarían para su imperio.

Horus levantó una mano y una columna de luz hololítica surgió frente al trono. Las formas de hombres y mujeres se formaron en la lúgubre proyección, retorciéndose, gritando, muriendo. Las súplicas y los chillidos reproduciéndose una y otra vez en un bucle terrible sobre el brutal rugido del fuego de bólter.

—Ahora lo sabe… —asintió para sí mismo, el reflejo de las luces holográficas parpadeaba sobre el negro líquido de sus ojos—. El fuego arde y todo lo que una vez fue lo arrastra ahora el viento. Lo que he perpetrado con nuestros hermanos y nuestras legiones: el futuro de toda la humanidad sujeto en un círculo de sangre. Ahora somos la tormenta. El Imperio se hundirá, y se alzará de nuevo bajo mi mano o caerá y caerá y caerá.

Lentamente se puso en pie, su servoarmadura susurrando y tintineando. Hizo otro gesto y más conos de luz fría lo rodearon, iluminándose con caras cegadas, muchas

gritando palabras convertidas en sangre derramada de sus bocas, mientras otras se ahogaban en de sus propias voces enmudecidas.

…necesitamos refuerzos…
Horus inclinó la cabeza, escuchando los gritos heraldos del cambio.

—La anarquía es la reina de esta era… Ha caído sobre esos mundos desde mis dedos para hacerlos desaparecer en el olvido.

Horus se giró, viendo las florecientes grabaciones holográficas surgir a su alrededor y el de su trono como un baile de fantasmas de mil mensajes…

…quinientas naves perdidas en las tormentas del vacío…
…el enemigo nos estaba esperando…
—Isstvan. Se suponía que iba a arder en silencio, para que nuestra guerra pudiera avanzar hasta el punto en el que de verdad debía comenzar… Las alas del Ángel iban a estar rotas bajo mis pies… Y aún ahora, los errores se siguen acumulando, uno tras otro, una y otra vez, una y otra vez.

…mensaje a Ultramar…
Se detuvo, sus ojos fijos en la figura de un astrópata encogido.

—Calth arde… pero nuestro hermano aún vive. Roboute. El sabio Roboute. Roboute con sus plumas de escribano y sus planes y sus esperanzas. Tan visionario, tan fuerte. Tan condenadamente perfecto… —Horus dejó escapar un profundo suspiro—. Desearía que estuviera con nosotros.

Con un ligero movimiento de sus dedos enfundados en las hojas de sus garras el enjambre de imágenes se evaporó y el silenció volvió junto a las sombras. Sacudió la cabeza, sus ojos aún fijos en el trono.

—Dirás que escucho demasiado a Alfarius y a Lorgar, que una guerra luchada con engaños está condenada a fracasar. Y quizá tengas razón. El Ojo no lo vio todo y en su ceguera ha colocado cuchillos tras su propia espalda —dejó escapar una amarga risa—. Corax sabría qué hacer en tal situación. ¿No es extraño que tantos de los que quería a mi lado se enfrenten a mí, mientras que a mi espalda sólo tengo a los tarados, a los dañados? Soy el señor de los monstruos rotos.

Lentamente rodeó la mesa del holoproyector, el eco de sus pisadas perdido en medio del silencio.

—No puedo controlarlos ni a ellos ni a sus hijos. Y lo saben. Mortarion y Perturabo y el resto, todos pueden sentirlo, todos saben que esta guerra ya no es algo que pueda dirigirse, sólo apenas encauzarse. Pero nunca me han comprendido, no de verdad. Y entienden cada vez menos con cada segundo que pasa. Dudan. Piensan que he perdido de vista mi objetivo. Puedo verlo en sus corazones. La mezquindad, el orgullo que campa en las ruinas que son todos ellos, alimentándolos como a una tempestad. ¡Con tales criaturas es con las que tengo que rehacer el futuro!

Se detuvo de nuevo a los pies del trono, inquieto. Su mano se cerró alrededor del asta de *Rompemundos*, la alzó con facilidad y la tenue luz de la sala brillo sobre cada muesca dentada de su superficie pulida.
—Mil batallas. Diez mil. Diez veces diez veces diez mil para dar a luz una nueva era. Todas las certezas del pasado derribadas, todas las creencias que las erigieron convertidas en cenizas. Guerra en cada frente, prolongándose en el tiempo de manera que nadie pueda saber cuándo llegará el golpe definitivo. No hay desastre alguno, puesto que todos los desastres me sirven por igual. La tormenta se alza, por lo que el rayo caerá.

Volvió a mirar al trono, moviendo la cabeza con tristeza. Relajó el brazo y dejó descansar *Rompemundos* a su lado. Su mirada pareció saltar, perseguir un punto más allá de cuanto se encontraba frente a él.
—Ningún otro podría haber hecho esto. Ni siquiera tú. Quizá es por eso por lo que nuestro padre me eligió a mí. Quizá ese fue su único momento de honestidad.

Su mirada se enfocó y se endureció, sus ojos negros como pozos reflejantes en la cara de un rey despiadado. Sobre el brazo de su trono la calavera de Ferrus Manus devolvía la mirada a Horus con las cuencas vacías que una vez fueron ojos. Una fina fractura se extendía sobre la superficie del cráneo perfecto del primarca ejecutado, como una corona que trazara una espiral hasta la oscura fisura de su sien. Incluso reducida a hueso pulido la calavera parecía irradiar fuerza y desafío.

—No importa cómo arda la galaxia, sólo que lo haga. Señor de la Guerra… Eso es lo que significa, hermano mío: la fuerza para hacer lo que debe hacerse.

FIN DEL RELATO